

—Es probable que cuestiones los incidentes de mi historia, los cuales ocurrieron en el deteriorado casco antiguo, pero creo que, no obstante, serán de interés.

Constantine Theunis se reclinó lujosamente en su silla. Estábamos sentados en su elaborado salón ante la crepitante chimenea. Las luces se apagaron y un viento helado de otoño aullaba inquietantemente alrededor de la casa, amenazando nieve. Pero las sombras parpadeantes y la atmósfera austera eran secundarias al propio Theunis. Encendiendo su pipa, miró fijamente las llamas rugientes, claramente sumido en sus pensamientos. Me había invitado a escuchar una historia de algún tipo, cuya naturaleza exacta aún no me había explicado.

—¿Recuerdas mis vacaciones en julio, Single?

—Por supuesto —respondí, recordando que el casco antiguo del que hablaba debía ser Hampdon, al cual mi amigo había visitado durante una semana en busca de soledad y antigüedades.

—Mientras estaba allí, ocurrió una serie peculiar de eventos que he estado callando todo este tiempo. Dos agentes federales, un sheriff y yo fuimos los únicos que investigamos el asunto: ellos por deber y yo por curiosidad; y encontramos... pero primero debo retroceder un poco.

Como sabes, Hampdon es una curiosa mezcla de lo nuevo y lo viejo; esa es una de las razones de mi estancia allí. Es un lugar aislado, atrapado entre colinas imponentes y habitado por nativos que creen en cada chisme que llega a sus oídos. No dan la bienvenida a los extraños, y mi llegada al hotel no fue una ocasión muy agradable. Pero quería mirar algunas de las tallas de piedra cerca del pueblo y explorar un poco las cavernas cercanas. Durante cinco días pasé un tiempo espléndido, absorbiendo el aire de montaña, escudriñando las cavernas de las laderas y sumergiéndome en algunos chismes locales. Por todas partes escuché murmullos de descripción variada, susurros tenues que parecían ocupar todo el tiempo de los holgazanes y el ingenio del pueblo. Mis esfuerzos por persuadir a algunos de ellos de que confiaran en mí fracasaron; de hecho, a veces, parecían resentidos incluso por mi presencia. El propietario estaba notablemente hosco y nunca parecía importarle si las comidas se servían o no.

Finalmente descubrí que la mayoría de sus murmullos eternos se centraban en algún

tipo de gemas fabulosas conocidas como las Joyas de Charlotte. Sin embargo, nada más sobre ellas llegó a mis oídos. Fue divertido ver cómo un grupo de aldeanos dejaba de hablar repentinamente cuando me acercaba. Hacia el final me volví cada vez más inquisitivo acerca de las extrañas gemas y anhelaba a alguien a quien al menos pudiera aventurar mis opiniones; porque mi interés se había desplazado gradualmente de las oscuras cavernas de las laderas a la jerga inconexa de la gente miserable del pueblo.

Imagina mi sorpresa cuando, al sexto día, al entrar en el hotel, me encontré con dos caballeros de aspecto responsable a quienes había visto varias veces en Croyden. Eran los agentes de los que hablé. Intercambiamos saludos. Parecían tan complacidos como yo de encontrar un conocido en los alrededores. Habían estacionado su auto en la parte trasera, y no lo había visto al acercarme al lugar. Afortunadamente, habían arreglado una habitación contigua a la mía.

De inmediato nos convertimos en confidentes, es decir, en la medida en que lo permitían sus profesiones. Sabía que se estaba gestando una investigación o algo igualmente importante, ya que dos parecían una fuerza grande para una aldea tan pequeña. No habían confiado en nadie más que en el alguacil del condado, dijeron, y explicaron que su propósito no debía filtrarse.

Ambos hombres tenían unos cuarenta años; el mayor, Sargent, es el que más hablaba. Su compañero, Roberts, parecía menos inclinado a hablar. Iban vestidos de civil y dudo que algún aldeano sospechara su verdadera identidad o propósito. Fue solo por casualidad que me enteré de su misión, y esta oportunidad me llevó al revoltijo más inexplicable con el que me he encontrado. Pero me estoy adelantando de nuevo.

En la cena los dos estaban extrañamente callados. En la misma mesa estaba sentado un individuo de aspecto rudo a quien tomé por el sheriff. Estaba sentado en un rincón, participando lentamente de la comida que el desaliñado camarero había puesto frente a mí. Los tres no habían ordenado. Una tensión inexplicable reinaba en la habitación. Los otros ocupantes continuaron con sus asuntos. Una ventana cercana estaba abierta y el distante croar de las ranas llegó débilmente a mis oídos. Los dos agentes me miraron a medias mientras el sheriff giraba de lleno en la dirección opuesta. Saco estos detalles a la vista de lo que sucedió posteriormente. Como dije, las ranas cantaban y el aire parecía cargado de una cualidad maligna y desconocida.

De repente, de la nada, sonó un timbre dorado y suave. El aire se llenó con una corriente momentánea de música dulce y siniestra que sonó como las voces de las ninfas del bosque en el aire fresco de la montaña. Hizo que mi carne se estremeciera. Había un elemento distintivo de lo desconocido y prohibido en ese tono de duende. Por un instante, el aire pareció cargado de una fuerza vibrante y tangible, esquiva como un arco iris, pero sorprendente y escalofriante. Decir de dónde vino sería imposible. Al mismo tiempo, pareció brotar de las oscuras colinas y del mismo aire de la habitación.

Sé que debí haberme sorprendido, porque mis dedos temblaban sobre la mesa.

El efecto sobre los nativos fue sorprendente. Cada uno de ellos se quedó paralizado en actitudes de intensa escucha. El rudo sheriff maldijo en voz baja y se puso rápidamente de pie. Los rostros de los dos alguaciles no mostraban más que asombro, y el mío debió reflejar la misma emoción. Dios mío, Single, ¡todavía puedo oír el timbre! Un eco suave; impresionante en su brusquedad, e intrínsecamente malvado e irreal. No pude sacar nada de eso. Acerca de mí, los pocos ocupantes parecían reconocer de alguna manera esa nota y temerla.

El sheriff tomó su sombrero y salió apresuradamente de la habitación mal iluminada, seguido por los oficiales federales, que miraban de vez en cuando por las ventanas abiertas. Los escuché pasar a la parte de atrás, encender su poderoso automóvil y rugir en la noche. Me pregunté si su destino se refería a la nota inquietante y siniestra. Salí del comedor, incapaz de apartar mis pensamientos. No necesito describir el terror absoluto que se dibujó en los rostros de las personas en esa habitación. Había algo completamente horroroso en el efecto que el sonido tuvo sobre ellos, algo que se hizo eco vagamente en mi propia inquietud.

Esa noche en mi habitación me despertaron unas voces. El extraño timbre había llenado mis pensamientos antes de retirarme, y debí haber dormido un poco. La conversación provenía de la habitación contigua, las delgadas paredes permitían que las palabras se filtraran de manera muy clara, aunque te aseguro que nunca tuve la intención de escuchar a escondidas. Mi cama estaba pegada a la pared. Me froté los ojos para quitarme el sueño y vi que un rayo de luz de luna jugaba sobre el suelo desnudo. Luego escuché atentamente la conversación, que se originó en los tres que se habían ido tan misteriosamente esa misma noche.

Finalmente se hizo evidente que estaban siguiendo a dos personajes sospechosos que habían llegado a Hampdon en secreto. Me pareció extraño que no hubiera visto ni oído hablar de su llegada, pero, como sabes, la gente del pueblo no me había dicho absolutamente nada. Esperaba que dijeran algo sobre el timbre solitario y, finalmente, muchos momentos después, la conversación giró en esa dirección. Por supuesto, me preguntaba por qué no se habían referido a él hasta ahora. Para mi asombro, los dos forasteros no sabían nada al respecto y confesaron que estaban muy desconcertados por el sonido. Escuché, conteniendo bastante la respiración, mientras acosaban al sheriff con preguntas. Parecía reacio a hablar de ello. Algún tiempo después, sin embargo, después de un largo interludio de susurros, el tipo comenzó una historia inusual. Según recuerdo, sus palabras guturales contaban una historia como esta:

Hace mucho tiempo, cuando Hampdon no era más que un asentamiento, un hombre extraño y su hija, Charlotte, llegaron desde Dios sabe dónde y construyeron una casa junto a las colinas. Nadie podía decir cuánto tiempo había pasado, pero el hombre, ahora muy viejo, todavía vivía allí. La gente había dejado de acercarse al lugar. Al

parecer, la hermosa Charlotte cayó de las altas montañas hasta su muerte, según dice la leyenda, y el anciano —se llamaba Cruth— nunca se recuperó del impacto.

Algunos decían que construyó una enorme tumba en la solidez de las colinas donde puso a su amada hija. Otros que la había llevado a otra parte. La mayoría de la gente creía en la tumba oculta. Aproximadamente dos años después de su muerte, surgieron rumores de que había gemas de riqueza incontable enterradas dentro de la tumba de Charlotte. Nadie sabía exactamente qué eran, aunque algunos decían diamantes, otros perlas y ópalos. Entre los jóvenes creció un intenso anhelo de someter a Cruth, buscar la tumba oculta y saquear su enorme fortuna. Por supuesto, había mucha incertidumbre sobre el asunto, pero durante años había sido la comidilla de la gente del pueblo, especialmente después de que ocurriera cierto incidente.

En el fervor del nuevo chisme, un grupo de jóvenes —cinco en total— decidió explorar las colinas en busca del misterioso sepulcro. Esto fue, por supuesto, hace casi veinte años, y en ese momento la mayoría de la gente se había reído cuando alguien mencionaba las misteriosas joyas. Nadie le preguntó al viejo Cruth sobre el asunto. Los merodeadores partieron una mañana y no reaparecieron hasta bien entrada la noche. Contaron historias extrañas e inconexas sobre cómo encontraron el lugar oculto. Nadie pudo extraer nada concreto de los cinco. Parecían reacios a revelar los incidentes del día anterior y se supo muy poco de la misteriosa tumba.

Al día siguiente partieron con febril prisa, sin decirle a nadie dónde se había hecho el hallazgo. La gente del pueblo esperó otro día, todavía tolerante con las payasadas de los jóvenes. Pero esa noche no aparecieron. ¡Nunca regresaron! ¡No se encontró ni rastro de ellos!

Se enviaron docenas de expediciones a las colinas, pero ninguna resolvió el enigma de los cinco desaparecidos. Después de eso, la gente no se rio cuando alguien mencionaba las Joyas de Charlotte, como eventualmente se las conoció.

Pero aquí está la parte más extraña y significativa de todo. Aquella noche, cuando se esperaba que volvieran los cinco, a eso de las ocho, ocurrió algo muy peculiar. ¡De algún lugar de las colinas llegó el repique de una campana dorada y suave! Y ahora ese maldito timbre se había escuchado de nuevo, por única vez desde entonces.

Eso no fue todo. Aproximadamente un mes antes, dos hombres de aspecto andrajoso habían llegado a Hampdon y se habían instalado en una choza decrepita cerca del lugar donde vivía el anciano Cruth. Desde el principio, al sheriff no le habían gustado sus acciones; pero no había nada que pudiera señalarles, así que esperó el momento oportuno. Al final, vio que llamaban al anciano, lo cual era extremadamente singular, ya que Cruth nunca se había preocupado por los extraños. El sheriff se había escondido en la maleza, y cuando salieron de la casa vio que había un odio oscuro y una ira en sus rostros.

Podía oír la voz ronca del anciano ordenándoles que aceptaran su maldita proposición y salieran de su choza. Cuando se apartaron un poco, Cruth salió y gritó tan fuerte que las palabras fueron claramente audibles para el sheriff, y nunca las olvidó. El anciano, mientras se tambaleaba sobre sus débiles piernas, había gritado:

—¡Y si juegas con esas piedras, la campana sonará de nuevo!

El sheriff no sabía si realmente había algún significado en la frase, pero seguramente los rostros de los dos hombres parecían haberlo captado. Eso había sido hace dos días. Luego llegaron los alguaciles.

—¿Se sorprende —concluyó el sheriff— si le digo que la choza estaba vacía, y que esta noche la cosa volvió a sonar...

No dormí bien esa noche.

Al levantarme a la mañana siguiente, decidí registrar mis escuchas. En el desayuno les conté a los dos alguaciles lo que había oído. Al principio estaban disgustados, pero al final parecían felices de confiar en mí. La historia los había afectado tanto como a mí; de hecho, creían que un elemento siniestro se cernía sobre toda la región y todo el asunto. Era una idea que también me había molestado mucho.

Estábamos hablando del tema cuando llegó el sheriff y me presentaron al hombre a quien había escuchado la noche anterior. Era un individuo interesante. Sargent y Roberts explicaron mi interés en el asunto y la oportunidad de escuchar a escondidas que había ocurrido. Estaba más que dispuesto a tener a otro hombre en el columpio.

Salimos inmediatamente a la casa de Cruth para investigar el asunto de los dos hombres desaparecidos. Mis propios intereses se centraban en el extraño sonido, y creo que los del sheriff también. Pero todo estaba tan desordenado que ninguno de nosotros sabía exactamente por dónde empezar. Mientras el coche avanzaba rugiendo por la carretera hacia la antigua morada, miré al oficial local. Su mirada, en lugar de posarse en la casa que se acercaba rápidamente, estaba fija con nostalgia en las imponentes laderas boscosas.

No había mencionado que un hermano suyo había estado entre los cinco desaparecidos.

Cuando llegamos a la destartalada vivienda, la única señal de vida era una fina cinta de humo que se elevaba desde la chimenea inclinada. Muy por encima se alzaban las colinas oscuras y las laderas escarpadas de roca negra. Sobre el lugar había altos pinos cubiertos de musgo que parecían envolver la casa en un manto de perpetua penumbra.

Nos acercamos a la casa y el sheriff llamó a la puerta. Durante varios momentos no salió ningún sonido del interior, luego se oyó un movimiento de cojera y la puerta se abrió con un crujido. Un rostro arrugado por la edad nos fulminó con la mirada. Cruth tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre, y se apoyó débilmente contra el marco de la puerta deformada.

—¿Qué quieren? —preguntó débilmente, con las manos apretadas con fuerza alrededor de su bastón.

Sargent dio un paso adelante.

—Queremos saber si ha visto a sus dos vecinos esta mañana.

—¡Mis vecinos! —gruñó—. ¡Esos malditos ladrones no son vecinos míos! ¡No los he visto y no quiero verlos!

—¿Por qué no? —preguntó Sargent.

—¿Por qué? —jadeó el anciano—. ¡Porque querían que les dijera cómo llegar a la tumba de mi niña, mi niña, y sus hermosas piedras! —su voz se debilitó y se fue apagando—. ¡Pero les dije! ¡Se los dije! Y anoche... anoche... —le faltaba el aliento—. ...las campanas... sonaron... ¡de nuevo! ¡El timbre! ¡La campana dorada! Mi...

—¡Vamos, vámonos! —susurró el sheriff.

—Obedecemos, pero el anciano seguía de pie en la puerta, balbuceando, medio para sí mismo. Escuchamos sus últimas palabras débilmente y nunca las olvidaré.

—... y creo que pronto sonará de nuevo, porque... conozco bien el camino... A través de la puerta antigua... y más allá... donde ...en Yith mi Charlotte no se romperá... y pasará...

El rugido del motor ahogó más palabras, palabras que desearía haber escuchado, palabras que podrían haber sido la clave de todo. Cuando la vivienda descolorida desapareció de la vista por una curva en la carretera, sentí un extraño tinte de tristeza. El sheriff miró directamente al camino. Él también lo había oído.

Nos detuvimos momentáneamente en la choza donde habían vivido los dos fugitivos, pero la encontramos completamente vacía, con signos de haber estado ocupada recientemente. La cabaña decrepita parecía demasiado vacía y sugerente después de la visita del anciano, y salimos apresuradamente. Pronto desapareció de la vista cuando el coche aceleró por la carretera sinuosa, y me sentí aliviado de haberme ido de la cosa enmohecida que insinuaba algo totalmente extraño y siniestro; algo que no

debería ser molestado.

Era extraño cómo me sentía, por alguna razón inexplicable. Los antiguos ocupantes nunca regresarían a su humilde morada.

Me fui esa noche. No sé si alguna vez resolvieron el secreto o no; al menos nada apareció en los periódicos. Por lo que a mí respecta, puede permanecer oculto. La mirada en los ojos del anciano Cruth todavía permanece inquietantemente conmigo. Había una profunda sabiduría detrás de esa voz ancestral, una sabiduría que quizás no debería discutirse.

Esa noche, cuando mi coche rodeó las numerosas curvas de la autopista que sale de Hampdon, vi las luces parpadeantes de la pequeña ciudad desvanecerse en la distancia. Lejos, hacia el oeste, el resplandor crepuscular bañaba las escarpadas colinas con un esplendor rosado, y abajo, sombras profundas se acumulaban en los barrancos. Y a medida que el panorama se desvanecía lentamente, escuché, por encima del rugido del motor, una sola campanada inquietante, y nunca olvidada, que resonaba y resonaba débilmente en el crepúsculo que se avecinaba.